

LOS JESUITAS EN CALATAYUD

por

ANGEL MARCO IBÁÑEZ

Dos motivos nos mueven a escribir este trabajo sobre la fundación en Calatayud de una Casa de Padres Jesuitas; en primer lugar el deseo de reunir y ordenar los datos y notas que sobre este interesante tema se han publicado por eruditos escritores bilbilitanos en periódicos y revistas científicas hoy ya difíciles de encontrar. Pero, principalmente nos decidió a escribir este ensayo el hecho de haber encontrado recientemente un manuscrito, completamente desconocido hasta hoy, en el que se dan datos muy interesantes que se refieren a los últimos años de la estancia de los Jesuitas en Calatayud. Hemos hallado este manuscrito en el archivo parroquial de San Juan el Real de esta ciudad y es un libro manuscrito, de unas cien páginas, que se titula «Libro de Acuerdos de la Real Iglesia de San Juan de Calatayud». Está firmado por mosén José Ferrer y contiene noticias desde el año 1757 al 1836. En este libro se dan datos curiosos sobre el estado en que quedaron las obras de la iglesia de Jesuitas en el momento de suceder la expulsión; de la cesión que Carlos III hizo del templo a la Parroquia de San Juan de Vallupié; del modo como se hizo el traslado de la Parroquia, de los incidentes que con este motivo tuvieron lugar, etc.

Otro motivo, hay no menos interesante que el anterior que nos alentó a escribir este trabajo: el haber hallado en nuestro Archivo Histórico Nacional el testamento de don Rodrigo Zapata, el más insigne y generoso protector de las obras de la Compañía de Jesús en Calatayud, que desde el principio patrocinó económicamente la labor de los Jesuitas y, al morir, dejó sus bienes para que las obras del colegio y de la iglesia pudieran continuar.

Con todo este material, espigado en trabajos ya publicados y

documentados recientemente descubiertos, nos proponemos trazar un bosquejo exacto y fiel de la benemérita labor realizada por los jesuitas en Calatayud.

LLEGAN LOS JESUITAS

Los Padres de la Compañía de Jesús fundaron su Casa de Calatayud en el año 1568. El motivo de su venida a esta ciudad parece que fue el siguiente: A mediados del siglo xv) se había iniciado en Calatayud un importante movimiento cultural que tuvo su mayor auge en el siglo siguiente. Su impulsor fue don Rodrigo Zapata, canónigo limosnero de Zaragoza, «varón doctísimo —dice un viejo documento— en toda clase de ciencias». Había creado éste un importante colegio de Humanidades y Artes —como entonces se decía— e instaló sus aulas y dependencias en el lugar que hoy ocupa el Hospital Municipal. Al frente de las clases puso buenos profesores y competentes maestros que traía de Zaragoza y otras ciudades, pero éstos duraban poco y su labor, por eso, no era eficaz. Entonces pensó Zapata en la conveniencia de fundar en Calatayud una Casa de Jesuitas que se encargaran del Colegio. Para ello se puso al habla con el padre Aguaviva, General de la Compañía y, previa cesión por parte del Ayuntamiento de algunas casas y solares, los Jesuitas se establecieron en Calatayud. En un principio ocuparon los locales del antiguo Colegio de Humanidades y Artes pero éste cada vez fue aumentando su prestigio e importancia y hubo necesidad de proyectar un edificio mayor que se fue construyendo sin suspender las clases. Ayudó con esplendidez a iniciar las obras don Rodrigo Zapata quien a su muerte, ocurrida en 1591, dejó sus bienes a los Padres de la Compañía. Unos años más tarde en 1661 heredaron también los bienes de don Pedro de Santángel. Fueron éstos, pues, los más valiosos protectores de esta Casa de la Compañía, y, al construir luego la iglesia, les dedicaron sendas sepulturas derecha e izquierda respectivamente del altar mayor.

La obra cultural realizada por los Jesuitas en Calatayud durante estos años fue extraordinaria. A pesar de que las obras de construcción impedían el funcionamiento normal del Colegio en toda su amplitud, se improvisaron aulas en la residencia de los Padres, en el viejo colegio y en los locales que poco a poco se iban habilitando en las naves recientemente construídas.

EL COLEGIO DE NOBLES

Como quiera que el Colegio aumentaba de día en día su prestigio y el número de escolares que acudían a las aulas era cada vez mayor, ya que a él aflúan jóvenes de las más importantes ciudades españolas, en tiempos de Fernando VI, varias familias de la Nobleza solicitaron del Rey que el Colegio de Jesuitas fuese declarado «Seminario de Nobles de la Corona de Aragón». Accedió el Rey a este ruego por decreto del 8 de diciembre de 1752 y con dicho motivo el antiguo Colegio se transformó en uno de los centros culturales españoles de mayor prestigio. La Compañía trajo a este Seminario los profesores más sabios de la Provincia de Aragón; se sabe que aquí dio sus clases el sabio helenista P. Pou, que tenía fama en los medios científicos europeos; también el P. Jerónimo García, arqueólogo y numismático muy notable que creó en el Colegio una interesante y nutrida biblioteca y fundó un pequeño museo que fue formando pacientemente con objetos artísticos, cerámicas y monedas encontrados en las ruinas de Bilbilis. También fue profesor del Colegio de Nobles el P. Baltasar Gracián que de joven había asistido a sus clases como alumno. «Las asignaturas que se explicaban en el Colegio —dice un escritor— pasaban de veinte». La población escolar en Calatayud llegó a ser muy numerosa y hay quien dice que, en sus mejores tiempos, el Colegio llegó a tener más de 4.000 estudiantes. La cifra da idea de la importancia que tuvo el Seminario y del ambiente intelectual en que durante estos años vivió Calatayud.

En tiempos en que el Colegio o Seminario gozaba de mayor prestigio, los pueblos de la Comunidad de Calatayud solicitaron de Fernando VI que los cursos aprobados en el Seminario tuvieran validez oficial, como los de las Universidades Mayores, pero, se opusieron a ello las universidades de Zaragoza y Huesca, siendo desestimada la petición.

Entretanto las obras de ampliación del Colegio seguían realizándose a buen ritmo, pero, éstas se habían proyectado con gran extensión y suntuosidad y no llegaron a verse terminadas. «Los jesuitas —dice Antonio Ponz— habían proyectado en Calatayud uno de los mejores colegios de Aragón y, cuando los expulsaron, estaban en la obra nueva de su Seminario cuyo conjunto hubiera sido muy cómodo y espacioso».

LA EXPULSION

El día 27 de febrero de 1767 el Rey Carlos III publicó una pragmática por la cual se ordenaba a los jesuitas que abandonaran España. Un Consejo extraordinario nombrado para aclarar las causas del Motín de Esquilache insinuó malévolamente que se debió «a la mano de un Cuerpo Religioso». La orden de expulsión se efectuó en Madrid en el día del 31 de marzo de 1767 y en Provincias a la noche siguiente.

En la noche, pues, del primero de abril los jesuitas salieron de Calatayud. Eran 26 los Padres que se veían obligados a abandonar la Patria; de ellos 13, profesores del Colegio; les acompañaban 103 caballeros seminaristas y 132 legos y criados. Detrás de ellos quedaba una obra ya floreciente y unas construcciones que no habían podido ser terminadas.

Con la expulsión de los Jesuitas el Colegio de Nobles sufrió golpe de muerte. Se intentó sostenerlo nombrando profesores del Clero Secular pero el remedio no fue eficaz y poco a poco fue nublándose su prestigio. En unos años el número de alumnos fue decreciendo y Calatayud perdió el prestigio científico que el Colegio de Nobles le había creado.

LA IGLESIA DE LOS JESUITAS

Pero si el paso de los Jesuitas por Calatayud dejó con la creación del Colegio de Nobles una huella que, aunque brillante, hoy sólo vive en el recuerdo de los eruditos, siempre dará fe perdurable de su estancia bienhechora en la Ciudad el regalo de un templo bellísimo que nos dejaron al marcharse y que será siempre el monumento que perpetúe la memoria de los Hijos de San Ignacio en Calatayud. Es éste un templo magnífico que tiene todas las características del barroco jesuítico y que puede sostener comparación con los mejores que construyó la Compañía en España. Tuvo ésta dos generosos protectores, don Rodrigo Zapata, de quien ya hemos hablado antes, y don Pedro de Santángel; ambos ayudaron constantemente a las obras de la iglesia desde que

Los Jesuitas en Calatayud

fueron iniciadas y, al morir, dejaron sus bienes para que las obras no se interrumpieran. Se construyó esta iglesia en los últimos años del siglo XVII; es de una sola nave, pero, de extraordinarias dimensiones; tiene hermosa cúpula, amplio crucero y seis capillas laterales, algunas de ellas dedicadas aún a santos de la Compañía. Llama la atención la profusa ornamentación de la bóveda con yeserías que representan guirnaldas, angelotes y flores y está además enriquecida con tres rosetones dorados de gran efecto decorativo. Sobre las capillas laterales están las típicas galerías de las iglesias jesuíticas. «Las iglesias jesuíticas —dice el P. Navas— suelen tener en vez de triforios unas galerías cerradas o tribunas con celosías sobre las capillas laterales». Estas tribunas, en la iglesia que describimos, son grandes, y están recortadas por unos dobles arcos muy graciosos. Desde ellas asistían estudiantes y seminaristas a los actos del culto; los Padres tenían destinadas dos tribunas a ambos lados del altar mayor. La iglesia estaba dedicada a la Virgen del Pilar aunque luego, como veremos, cambiara de titular. A ambos lados del altar mayor se hallan según ya dijimos, los enterramientos de don Rodrigo Zapata y don Pedro de Santángel. Ambos están cubiertos por lápidas de mármol negro y en la de Zapata se lee esta inscripción: «A Rodrigo Zapata, Limosnero de la iglesia de Zaragoza, y real Consejero de Indias, Varón magnífico y muy querido del Rey que lo empleó en grandes cosas y todavía lo hubiera servido en mayores asuntos si él (don Rodrigo) y la muerte hubieran querido. Fue padre y fundador del Colegio Bilbilitano de la Compañía de Jesús. Murió el año de Cristo 1591 a la edad de 49 años». La lápida que cubre los restos de don Pedro de Santángel está también escrita en términos muy elogiosos.

Al pie del altar mayor existe, todavía en buen estado de conservación, una cripta en donde eran enterrados los religiosos. Todavía pueden verse en ella restos óseos e incluso girones de sotanas y ornamentos. Hasta hace unos años era creencia de las gentes que entre estos restos se encontraban los del P. Baltasar Gracián. Esta idea fue recogida por el historiador bilbilitano mosén Cos en su obra «Glorias de Calatayud». Pero hoy ya no hay quien sostenga tan disparatada opinión. Baltasar Gracián murió, como se sabe, en el Hogar Dolz de Tarazona de Aragón, que entonces era casa de Jesuitas. ¿Por qué lo habían de trasladar a Calatayud? Ninguna razón había para ello ya que ni allí había nacido aunque sí en un pueblo próximo, Belmonte de Calatayud. Esta operación de trasladar un cadáver era entonces árdua, cos-

Angel Marco Ibáñez

tosa y llena de dificultades de todo género. Es de creer, pues, que fuera enterrado en la cripta del Hogar Dolz en donde, al fallecer, tenía su residencia. Hace unos años, en 1950, se hicieron en el templo de aquel Hogar obras para pavimentarlo; al pie del altar mayor apareció una cripta con restos y ornamentos de religiosos en aquella residencia. El entonces alcalde de Tarazona, señor Martínez Moya, asesorado por el capellán, hoy canónigo de la Catedral, don Jesús Martínez, tuvieron especial cuidado en reconocer minuciosamente la cripta por si se podía encontrar alguna inscripción o vestigio que les permitiese identificar el cadáver de Gracián; allí encontraron restos envueltos en puntillas y retazos de ornamentos descoloridos y ajados, pero, nada más... La muerte, que todo lo iguala, había mezclado probablemente los restos del genial filósofo con los de cualquier hermano junior que había dedicado su vida a cavar la huerta.

COMO QUEDO LA IGLESIA DESPUES DE LA EXPULSION

Ya hemos dicho antes que, los jesuitas, por causa de la expulsión, no pudieron dejar terminadas las obras que para el funcionamiento del Colegio de Nobles habían sido proyectadas. Lo mismo sucedió con la iglesia. Comenzaron los jesuitas a construirla en los últimos años del siglo XVII y en 1767 abandonaban Calatayud. Tuvieron, pues, muy poco tiempo para dejar completamente terminado un edificio religioso proyectado en dimensiones extraordinarias y con gran riqueza de ornamentación. Tengamos en cuenta que, al mismo tiempo que la iglesia, se estaban realizando las obras del Colegio de Nobles que habían de hacerse a ritmo acelerado pues la demanda de nuevas plazas para escolares era cada vez mayor. En estas circunstancias los jesuitas no pudieron hacer otra cosa, en un principio, que poner el templo en condiciones imprescindibles para el culto. Mientras las obras se continuaban se instaló un altar provisional en la cabecera de la iglesia y algunos altares en las capillas laterales para que todos los Padres pudieran celebrar diariamente sin salir de su residencia. Pero a pesar de la celeridad que se imprimió a las obras, al sonar la hora triste del exilio, la iglesia, aunque terminada en sus partes fundamentales, no pudo quedar perfecta en sus detalles. Faltaba que ornamentar, por ejemplo, la portada que

Los Jesuitas en Calatayud

había de terminarse luego con el flamante escudo del Rey que había firmado el decreto de expulsión; también se terminó luego el actual altar mayor, obra del bilbilitano Gabriel Navarro. Algunos altares laterales quedaron sin dorar y sin dorar siguen todavía. Quedó asimismo sin construir la torre.

Cuando salieron, pues, de Calatayud en la noche del 2 de abril de 1767 los Hijos de la Compañía de Jesús dejaban tras sí el edificio de un colegio, que no habían podido terminar y un templo magnífico y suntuoso ultimado en sus partes principales aunque falto de algunos detalles de importancia.

Después de su partida, el templo quedó cerrado al culto hasta el día 20 de mayo de 1770.

Desde esta fecha viene siendo ocupado por la Parroquia de San Juan el Real y es uno de los templos más concurridos de la ciudad de Calatayud.

LA PARROQUIA DE SAN JUAN DE VALLUPIE

Pero no quedaría completamente estudiada la huella bienhechora de los jesuitas en la ciudad si no diéramos noticia de las vicisitudes a que el templo hubo de estar sujeto a través de los años pasados hasta hoy.

Al marcharse de Calatayud los Padres de la Compañía, existía en la parte alta de la ciudad una parroquia dedicada a San Juan, que llamaban de Vallupié, por estar edificada al pie de las murallas. Había sido mandada construir por Alfonso el Batallador, que la dedicó al Bautista porque en el día de su festividad había conquistado la ciudad a los moros. La fábrica de la iglesia fue en su principio de traza románica y acabó convirtiéndose en el siglo XVI en un templo renacentista. La iglesia debía de ser de gran belleza y se conserva sobre ella un testimonio que dice: «Es la parroquia de San Juan de Vallupié, si no muy grande, sí muy hermosa y graciosa; de tres naves, la fachada de alabastro así como la capilla y retablo. La pueden envidiar algunas catedrales. La media naranja y bóveda muy adornada con muchas y grandes rosas que parece un cielo estrellado». Pero lase obras de esta iglesia no debieron ser tan sólidas como artísticas, pues, poco a poco sus muros fueron agrietándose hasta el punto de que, en el año 1769, los capitulares, se vieron obligados

a abandonar el templo ante el temor de quedar sepultados bajo sus ruinas. En este grave apuro el clero de San Juan de Vallupié acudió al Rey, Carlos III, con el ruego de que se les permitiese establecer la parroquia en el templo que los jesuitas habían construido y que estaba cerrado al culto desde su expulsión. «Respondió —dice el Libro de Actas antes citado— su Majestad a petición tan cristiana concediendo la dicha iglesia como consta por cédula real que se dignó despachar en 21 de agosto de 1769». También se indican en este documento las diligencias jurídicas que precedieron a su entrega lo mismo, que la posesión que fue tomada «por el Capítulo y Parroquia el día 24 de mayo de 1770 y en el mismo día se hizo la magnífica traslación de Jesús Sacramentado. Esta se efectuó con el mayor lucimiento y, al domingo siguiente, se celebró la dedicación de la iglesia a nuestro Patrono y Precursor San Juan Bautista».

De esta manera, pues, la antigua iglesia de los Jesuitas quedó convertida en la actual iglesia parroquial de San Juan, el Real.

PROBLEMAS ADMINISTRATIVOS

Al hacerse cargo de la iglesia de los Jesuitas los capitulares de San Juan de Vallupié tuvieron que realizar obras de bastante importancia para adaptar el templo al culto parroquial. Ya hemos dicho que la iglesia quedó sin terminar en algunos importantes detalles. «El Capítulo y la Parroquia — dice el tantas veces citado «Libro de Actas»— se vieron metidos en unos gastos muy exorbitantes que se habían de ocurrir pues los regulares expulsos usaron la iglesia a medio componer. Por otra parte la parroquia se hallaba sin intereses por la cortedad de su cuarto y primicias. En estas circunstancias los capitulares acudieron al Clero de la Ciudad contratando un censo: también se vendió al lugar de Sediles el retablo de la iglesia de Vallupié; se recibieron así mismo por parte de los feligreses abundantes donativos siendo el más importante el de mosén José Gimeno que, al morir, dejó todos sus bienes para las necesidades de la parroquia. Parte de estos se invirtieron en la construcción de la torre que se comenzó en 1774 y se terminó en el año 1777. Pocos meses después se edificó la casa parroquial con dinero que otorgó en testamento el beneficiado don Jacinto Pérez de la Justicia con la condición expre-

Los Jesuitas en Calatayud

sa de que se construyera junto a la iglesia y fuera habitada por el señor párroco para que mejor pudiera servir a los feligreses!

Con la terminación, pues, de la torre, casa parroquial, arreglo de la portada, instalación del altar mayor que realizó Gabriel Navarro y algunos detalles de ornamentación sobre todo en la cabecera de la iglesia quedó cerrado el período de obras, que dejaban ya el templo en condiciones de atender al culto con la mayor brillantez.

LA ACOMODACION DE LOS FIELES

Al ocurrir el traslado de la iglesia de Vallupié al antiguo templo de los Jesuitas, las parroquias tenían carácter personal y no territorial como ahora. Cada uno elegía la que más le agradaba y era suficiente declarar delante del párroco y dos testigos que «era su voluntad adscribirse perpetuamente a ella». Desde el Concordato de 1851 las parroquias, como se sabe, son territoriales y por el hecho de vivir en su demarcación todo bautizado queda adscrito a ella, exceptuándose de esta ley general las parroquias castrenses y las mozárabes que siguen siendo personales. Esta circunstancia facilitó la acomodación de los feligreses ya que los mismos parroquianos de Vallupié pasaron a formar parte de la parroquia de San Juan. Así es que ésta siguió funcionando con los mismos fieles y parroquianos, con las mismas cofradías, asociaciones religiosas, etc., lo cual no hubiera sido tan fácil si las parroquias hubieran sido territoriales. Los antiguos feligreses de Vallupié acudieron desde entonces a llenar las naves del nuevo templo. Pero había algo que hacía que los fieles no pudieran olvidar la iglesia antigua; en ella habían quedado enterrados muchos de sus familiares y, aun con peligro de ser alcanzados por un desprendimiento, las gentes acudían a visitar las tumbas de sus muertos. Llegó un momento en que la ruina de la vieja iglesia se hizo inminente y las autoridades cerraron sus puertas. En tan grave apuro los feligreses solicitaron del Capítulo que los restos mortuorios fuesen trasladados al nuevo templo; accedieron los capitulares a lo que se pedía y destinaron para nuevo enterramiento una parte de la cripta que los Jesuitas habían construido bajo la actual Sala Capitular y parte de la sacristía. El traslado de los restos debió ser emocionante pues apenas había parro-

quiano que no tuviera familiares enterrados en el antiguo cementerio. «Al día siguiente —dice el Libro de Acuerdo del Capítulo— se celebró un Oficio General por los que allí habían sido definitivamente enterrados». Sobre el muro que cerraba los enterramientos se puso una lápida que todavía se conserva con una inscripción indescifrable.

El viejo templo de Vallupié fue poco a poco avanzando en su ruina hasta que, a fines del siglo XVIII quedó definitivamente derruido.

RECUERDO PERENNE DE LOS PADRES DE LA COMPAÑIA

De las dos obras creadas en Calatayud por los Padres de la Compañía —fundación del «Colegio de Nobles» y erección del templo que hoy ocupa la Parroquia de San Juan el Real sólo éste subsiste como una realidad viva y eficiente dentro de la vida religiosa de la ciudad. Del «Colegio de Nobles» apenas se conserva un recuerdo lejano que poco a poco se va esfumando entre las gentes. En cambio el templo sigue siendo una huella espléndida del paso de los Jesuitas por Calatayud.

La magnífica iglesia nos habla todavía de ellos así como también muchas de las imágenes de santos jesuitas que no pudieron llevar consigo al marcharse; allí están las efigies de San Ignacio, San Francisco Javier, San Francisco de Borja, etc. como si fuesen sombras que no hubiesen querido abandonar la ciudad resistiéndose a cumplir el decreto de expulsión; allí están los restos de los Padres, que descansan en la cripta del altar mayor... Pero el lazo más íntimo que une y seguirá uniendo siempre a los bilbilitanos con los Padres de la Compañía es la devoción a la Virgen del Pilar, que ellos supieron sembrar en el corazón de la ciudad. Ya hemos dicho antes que al erigir su iglesia, la dedicaron a la Patrona de Aragón y la honraron con cultos constantes que sobre todo en el día de su fiesta constituían un brillante acontecimiento religioso. Cuando la parroquia de Vallupié se trasladó a este templo, se cambió naturalmente el nombre de la titular por el de San Juan pero la antigua imagen del Pilar siguió en el altar mayor recibiendo la adoración de los fieles hasta que, al fundarse la Asociación de Caballeros del Pilar y Damas de la Corte de Honor, la misma imagen, que presidió antes el templo

Los Jesuitas en Calatayud

de los Jesuitas, fue colocada en el presbiterio, en altar independiente, sobre un retablo que imita la Angélica Capilla de Zaragoza.

La semilla pilarista sembrada por los jesuitas fue fecunda y hoy la imagen ante la que ellos se postraron es el corazón de la vida religiosa bilbilitana y recibe diariamente la visita de cientos de devotos suyos.